

Julianita, "la última" alfarera de Gran Canaria

"A mí me da mucha pena que se esté perdiendo esta bonita tradición"

AGUAYRO viajó esta vez a Hoya de Pineda de Gáldar, un pequeño caserío situado en mitad de la montaña, en el que viven una 200 personas y desde el que se contempla una panorámica realmente impresionante: verde intenso, Gáldar y el mar allá abajo, en lo alto el Pinar de Tamadaba y a lo lejos, "clarito", como nos diría Julianita, Tenerife...

Allí, rodeada de un ruidoso silencio tiene su domicilio, su cuevita, una de las últimas alfareras canarias, Juliana Suárez Vega —Julianita—, la misma que en unión de Justito de Lugarejo (hasta hace poco también de Panchito el de La Atalaya) forman parte de un patrimonio que se nos muere a pedazos, una generación que se nos va y que se lleva consigo los secretos "del barro canario", nombre con el que Julianita denomina su trabajo (para ella lo de alfarera suena extraño, foráneo).

Julianita nos recibió con el encanto, con la sencillez de nuestra gente, de nuestra buena gente de pueblos y medianías, poniendo a nuestra disposición su humilde cueva, llena de helechos, pulcra y ordenada, oliendo a geranios y con varios gatitos a su alrededor.

"Sí, mi niño, nos dijo a guisa de saludo, a mí me da mucha pena que se esté perdiendo esta bonita tradición, este trabajo que yo aprendí de mi abuela y de mi madre hace ya más de 70 años, porque yo me acuerdo de ver a mi abuela aquí, como si la estuviera viendo ahorita mismo, echando arena en el piso y barro "ensimba" y, si era mucho "pisarlo con los pies", y si era poco, amasarlo con las manos como si fuera pan. Luego se sentaba y empezaba a "jacer" trocitos según lo que quería "jacer": vasijas, hornos para pan, jarras grandes que antes se usaban para cuajar la leche, tostadoras para tostar millo, macetas, pilones para fregar y para lavar las papas y las coles, y cuando se ponían blanquitas cocinarlas".

—¿Ha vivido siempre aquí?

— En el mes de San Juan hará 55 años que vivo aquí. Mis padres eran de la parte abajo de Gáldar y mi bisabuela y mi abuela ya vivieron en es-



ta cuevita, y yo me acuerdo de cuando mi madre me mandaba a traerle gofio a mi abuela. Nosotros éramos 15 hermanos y pasamos muchas necesidades, teniendo yo que trabajar en los tomateros desde los 10 años. Me casé joven y tuve la mala suerte de que a mi marido se lo llevaron pa la guerra, pero gracias a Dios volvió y me acompañó hasta que se murió hace cerca de ocho años. (Da un profundo suspiro y dice: se va el hombre y se va todo...). Tengo tres hijas, dos viven cerquita de mi casa y la otra en Gáldar, y saben trabajar el barro como yo, sí señor.

—¿Cuál es el secreto del "barro canario", Julianita?

— El único secreto es aprender, sacrificarse y trabajar, no hay otro, cosa que hoy no se hace porque la juventud quiere ganar dinero sin saber el oficio, y así no puede ser, hay que aprender primero, como he dicho, tener paciencia y luego no pensar en ponerse rico, que esto, mi hijo, no da para na.

—¿Recibe muchos encargos?

— A veces me encargan trabajos, pero cada vez menos. Pero yo nunca he pedido nada a nadie, yo me he remediado con lo que he tenido. Una vez me ofrecieron una ayuda de 400.000 pesetas para hacer un horno y un arrimo para guarecernos de la lluvia y del frío, porque aquí en invierno no se puede trabajar el barro, pero todavía no me la han dado.

—¿Tampoco ninguna ayuda oficial?

— Tampoco, ninguna ayuda de nadie, es más, nos dice, un día el Cabildo, hace ahora 9 años, nos ofreció una medalla de oro a Panchito el de La Atalaya que en paz descanse, el pobre murió hace poco y yo fui a verlo cuando ya estaba "agoniao", y a Justito el de Lugarejo que tiene una pierna de menos que perdió en la Guerra, pero nosotros nunca vimos esa medalla.

—¿Pero es esto posible, Julianita?

— Sí, mi niño, esto es posible, pero también tengo que decir que en Tenerife me dieron un premio y la gente se portó muy bien con Panchito, Justito y conmigo. ¡Si usted viera los nervios que yo tenía ese día!, porque tanto Panchito como Justito, me decían que el primer premio me lo daban a mí porque los tres estábamos en un concurso, en una exposición. ¿Y sabe qué me pasó?, ¡que cuando oí mi nombre en primer lugar, me entraron unos nervios que no podía levantarme, y tuvieron que llevarme a recoger el premio en brazos de dos hombres, entre las risas de mis dos amigos Panchito y Justito.

Julianita camina renqueante, "toita tullía" como ella nos dijo y con unos dolores muy fuertes en sus rodillas. A sus casi ochenta años ella sigue arriba, en la montaña, trabajando su barro, "nuestro barro canario", candorosa, llena de encanto, como la gente buena de nuestra tierra, felizmente, prototipo de una estirpe que no debe morir, que no debemos dejar morir.

Comenzando por llevarle un horno y un arrimo para que ella —Julianita— pueda ver caer el agua desde el Pinar, desde la cumbre, resguardada y feliz con sus helechos, sus gatitos y los que le quieren, que somos todos.

A ver si es verdad.

ANDRÉS ARMAS SUÁREZ